
REFLEXIONES SOBRE LOS COMICIOS DE 1980

Las elecciones de Concejos Municipales y Asambleas Departamentales, llevadas a cabo en Colombia en marzo de 1980, se pueden caracterizar por cinco rasgos:

a) Una amplia libertad para que todos los grupos y sectores interesados en presentar candidatos a dichas corporaciones lo hagan. De hecho, cuando se miran con cuidado las numerosas listas de candidatos, no puede menos de sorprender la variedad de posiciones políticas, representada por ellas, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. Las únicas listas que quien escribe echa de menos en ese espectro multicolor son las que representan específicamente a los campesinos o sectores rurales. Aunque, de hecho en algunos departamentos se inscribieron listas de movimientos campesinos, sin embargo, se las puede contar con los dedos de la mano.

b) La aparente limpieza del proceso electoral. Si bien se conocieron algunos preparativos de fraude —el más espectacular se registró en Barranquilla—, concluidas las elecciones no se escuchan acusaciones importantes de delitos contra el sufragio. Las pocas denuncias conocidas se refieren a hechos ocasionales,

explicables la mayoría de las veces por la negligencia de algunos jurados de votación, por el orgullo herido de algunos políticos renuentes a aceptar su derrota, o por otras circunstancias menores.

c) El predominio de la lucha personalista. Escasas fueron las listas que presentaron un programa concreto para ser desarrollado desde el Concejo o la Asamblea. Lo que abundó fueron personas en busca de votos, alegando para conquistarlos sus presuntos o reales méritos personales —su trayectoria política o profesional, sus conocimientos especializados, etc.

d) Aproximadamente sólo un 30% de los ciudadanos en edad de votar se acercaron a las urnas. Es el bajo nivel de participación electoral que ha caracterizado los comicios de mitaca a todo lo largo de la historia del país. Como existe confusión sobre el significado de tan baja votación, el punto merece unos comentarios más amplios como los que en seguida se proponen.

e) Los partidos tradicionales, el conservador y el liberal, siguen dominando la lucha partidista, en tanto que los partidos o movimientos nuevos, especialmente los más críticos del sistema político colombiano, no logran ganar la simpatía de los sufragantes. Las listas liberales obtuvieron el 54% de los votos y las conservadoras, el 39%¹. Es decir, las llamadas colectividades tradicionales se llevaron el 93% de los votos, dejando solo un 7% para todas las otras denominaciones políticas juntas. Como el anterior, este es un tema sujeto a muchas interpretaciones y por eso digno de un examen algo más detallado.

El significado de la baja votación

Las elecciones de mitaca en Colombia y en muchos otros países han registrado casi siempre una baja participación de los sufragantes. Sólo el 31% de la población colombiana en edad de votar depositó su sufragio en las elecciones de mitaca de 1964, la misma proporción fue a las urnas en 1968, un 32% lo hizo en 1972 y de nuevo el 31% acudió a votar en 1976. En marzo de 1980 la cifra correspondiente es 30%²

Es claro, entonces, que la masiva abstención observada en 1980 no tiene nada de sorprendente en la tradición electoral colombiana. Si se hila muy fino y se insiste en que de todos modos la abstención aumentó uno o dos puntos porcentuales, conviene subrayar que tal aumento es explicable por el simple efecto abstencionista de los nuevos votantes de 18 a 20 años. Dado que entre más jóvenes son las personas, más tienden a abstenerse, la extensión del sufragio de los mayores de 21 a los mayores de 18, ordenada por Ley de 1975, implica un aumento en la tasa de la abstención³. Nótese que, desde el punto de vista de las elecciones intermedias, el pleno impacto de dicha extensión únicamente vino a registrarse en 1980. Porque en 1976, sólo alcanzaron a cedularse cerca de 210.000 del millón y medio de jóvenes de 18 a 20 años, a quienes la ley acababa de otorgar el derecho de elegir y ser elegidos. Si se tiene en cuenta el aludido efecto abstencionista, el bajo

¹ Cálculos basados en el Boletín No. 7 de la Registraduría, del martes 11 de marzo.

² Para 1980 se calculó una población total de mayores de 18 años igual a 13.665.000 personas. Para años anteriores ver R. Losada, *Las elecciones de mitaca en 1976: Participación electoral y perspectiva histórica* (Bogotá: FEDESARROLLO, 1976), pp. 7-13. Los cálculos de población allí publicados han sido ligeramente modificados para el presente artículo.

³ Sobre el mencionado "efecto abstencionista" ver R. Losada, "El significado político de las elecciones de 1978 en Colombia", *Coyuntura Económica* 8 : 2 (Agosto, 1978), pp. 187-188.

nivel de la participación, o su inversa, el alto nivel de la abstención, observado en 1980, es uno normal para las elecciones de mitaca en Colombia.

A algunos alarma tan baja votación. La consideran un indicio de insatisfacción con el gobierno, o con el sistema político en general, y una prueba fehaciente de las débiles raíces que, a su parecer, tiene la democracia en Colombia. Un análisis frío de los hechos no da pie para esa alarma ni para esas interpretaciones. Los hechos no son otros que los resultados de estudios serios adelantados desde 1968 en las grandes ciudades del país, donde precisamente la abstención es más extendida⁴. Siempre que se les ha preguntado a los abstencionistas de dichas ciudades por qué no votan, las respuestas que con más frecuencia se escuchan son del tipo "No me interesa la política", "En política no me meto", "No me gusta la política" o "No entiendo la política". Es decir, la apatía, la indiferencia o el desconocimiento de la política son los motivos principales de la abstención. En segundo lugar, se escuchan también razones que implican una crítica no al sistema político en general, sino a algunas de sus dimensiones. Algunos no votan porque no le ven utilidad al sufragio o por un cierto desencanto con los políticos, a quienes consideran deshonestos, sin palabra u oportunistas, o porque no encuentran un candidato que realmente les motive. Estas personas están dispuestas a votar si en un momento dado ven que vale la pena. En tercero y último lugar, sólo una pequeña minoría de la población estudiada deja de votar por su antagonismo radical y beligerante para con el sistema político del país. Cabe observar, de paso, que rara es la persona, en las investigaciones hechas, que justifica su abstención aduciendo como motivo supuestas o reales fallas del gobierno de turno.

A fin de apreciar si la elevada abstención de 1980 es indicio de una supuesta ausencia de democracia *política* en Colombia, es útil mirar el caso de una democracia política indiscutible, la de los Estados Unidos. Allí, en las elecciones para Cámara de mitaca de 1978 sólo sufragó el 34% de la población en edad de votar, y en las de 1974 el 36%⁵. La diferencia, pues, con lo observado en Colombia es mínima. Entonces, la alarma parece gratuita. Con frecuencia alarmas y denuncias de ese orden obedecen a un peligroso desconocimiento de cómo se comportan *en la práctica* las grandes democracias de Occidente. Claro que Colombia no es una de estas, pero es arbitrario censurarla por no poseer lo que ni siquiera dichas democracias manifiestan.

El arrastre de los partidos

Se anotó atrás que los partidos tradicionales continúan sobresaliendo indiscutiblemente en la política colombiana. Cumple, empero, hacer algunas anotaciones. Primera, sobresalen en el sentido de grandes conjuntos humanos con los cuales los votantes sentimentalmente se identifican, pues tales partidos no descuellan como organizaciones. En otras palabras, el predominio del voto conservador y liberal denota la fuerza de una actitud psicológica, a saber, el vigor de

⁴ Ver Pedro Pablo Morcillo *et alii*, "Estudio sobre la abstención electoral en las elecciones de Marzo de 1968 en Cali, *Boletín Mensual de Estadística* 221 (Diciembre de 1969), pp. x-xxix; R. Losada y M. Williams, "El voto presidencial en Bogotá; Análisis del comportamiento electoral del 19 de Abril de 1970", *Boletín Mensual de Estadística* 229 (Agosto, 1970), pp. xv-xliii; J. Talbot de Campos y J. Mc. Camant, "Colombia política 1971" *Boletín Mensual de Estadística* 242 (Septiembre, 1971), pp. 69-128; R. Losada y G. Murillo, *Análisis de las elecciones de 1972 en Bogotá* (Bogotá: Universidad de los Andes, 1973); G. Murillo y M. Williams, *Análisis de las Elecciones Presidenciales de 1974 en Bogotá* (Bogotá: Universidad de los Andes, 1975); y R. Losada, "Clima Político de Cali, 1979" (Bogotá: FEDESARROLLO, 1980, inédito).

⁵ W. H. Flanagan y N. Zingale, *Political Behavior of the American Electorate* (Nueva York: Allyn, 4a. ed., 1978).

la identificación con un partido, pero no la capacidad de acción de dos instituciones políticas diestramente organizadas. Porque, como es manifiesto para todos, en el seno de cada partido no sólo coexisten varias organizaciones, casi siempre en ardua lucha entre sí, sino cada organización es de ordinario torpe y débil. Pero por encima de ellas un nexo de índole emocional aglutina con solidez a las masas. Eso es lo importante de destacar, porque ese nexo parece que habrá de seguir influyendo de manera decisiva en la política colombiana de al menos la década del 80.

Segundo, el pobre desempeño de los grupos ajenos al conservatismo y al liberalismo, particularmente los de inspiración socialista, marxista y comunista, es el mismo de pasadas elecciones. Dichos grupos ni progresan visiblemente, ni retroceden. Cabe pensar que tal desempeño indica una inadecuación fundamental de sus planteamientos frente a las expectativas y criterios de decisión de los electores. Tanto más cuanto que las investigaciones sobre lo que piensan y prefieren los abstencionistas indican con claridad que la gran mayoría de estos no simpatiza con los partidos o movimientos de la izquierda radical hoy existentes en Colombia.

Tercero, el número de votos logrado por cada lista suele ser objeto de interpretaciones sin mayor fundamento, que conviene tener presentes. Por ejemplo, si la lista es de amigos del Gobierno, sus votos son considerados como muestras de respaldo a éste. Si personas de la oposición conforman una lista, los votos obtenidos por ésta son otras tantas expresiones de rechazo al Gobierno. En realidad, ni lo uno ni lo otro se sabe. Porque hasta tanto no se haga un estudio de lo que tenían en mente los votantes cuando respaldaron una lista y no otra, no es posible saber a ciencia cierta qué expresa su voto, más allá del simple respaldo para que los miembros de una lista ocupen una o más curules. Porque la gran mayoría de los votantes desconoce los puntos de vista de siquiera la persona que encabeza su lista preferida. Y aun suponiendo que muchos conozcan, no todos, sino algunos de esos puntos, su voto por una lista no significa su acuerdo con siquiera los principales planteamientos de quien la encabeza —menos con los de quien ocupa el segundo o tercer renglón. Una persona, y esto es muy frecuente, puede coincidir con unos pareceres de su candidato preferido y no con otros, y sin embargo le da su voto. Muchos ignoran por completo los planteamientos de su cabeza de lista, pero votan por él sencillamente porque es el de su partido o porque es su personaje político preferido. No les cruza por la cabeza la posibilidad de que con ese voto pueden también expresar un apoyo o una censura al Gobierno. No faltan quienes voten por un candidato o una lista, para impedir que otro u otra, que consideran funesta, gane. A la luz de estas complejidades de la psicología humana, mal puede decirse que los votos por una lista significan un respaldo manifiesto a los puntos de vista de quien la encabeza, o un voto en favor o en contra del Gobierno. Sin un acceso directo a la mente del votante, todo lo que dicen los votos por un candidato o una lista es que sus autores prefieren a ese candidato o a esa lista en lugar de otras.

Rodrigo Losada